Historia, trabajo, identidad y género: cuatro categorías que se intersectan

Héctor Porfirio Ochoa Rodríguez

La nueva historia laboral abrió posibilidades para la investigación de las mujeres trabajadoras, por su énfasis en el estudio de este sector sin posiciones formales de poder y en el contexto de la comunidad, es decir, al observar a las mujeres como integrantes de familias y, al mismo tiempo, como trabajadoras. En tiempos recientes, como destaca Ava Baron [1991], más historiadores de la clase obrera hablan de los trabajadores masculinos como miembros de familias, y de la influencia de sus responsabilidades familiares en sus organizaciones y luchas laborales. Las investigaciones acerca de la relevancia de las redes de parentesco establecidas entre mujeres con el fin de obtener empleo y la importancia de una "economía informal" femenina, han sido usadas con buenos efectos en algunos estudios de la historia laboral de los hombres.

Pero la historia de la clase obrera, con todo, ha permanecido en gran medida como historia de los trabajadores masculinos. La periodización tradicional, por ejemplo, tiene bases de género (masculino) no reconocidas. Por ello, la historia laboral de las mujeres es vista por los historiadores tradicionales como particular, especial, diferente; en suma, segregada. Esta visión reduccionista, enfatiza Baron, se debe superar.

Diversas historiadoras han señalado que hombres y mujeres experimentan, usan y conciben de manera diferente a la familia, la religión, el trabajo y el espacio público y privado, como señala Carroll Smith-Rosenberg y refiere Baron [1991], e incluso estas experiencias "divergentes" han estado, a veces, en conflicto directo. En opinión de Sally Alexander [Baron: 1991], la "experiencia de clase" —aquélla que se deriva del hecho de pertenecer a una clase social y compartir, por lo tanto, las limitaciones o posibilidades económicas, políticas y culturales que ello supone—, aun cuando sea compartida y completamente reconocida, no produce una conciencia coincidente y uniforme, como han sugerido Thompson [1977] y otros.

Para Joan Scott, como refiere French [1999], el género —definido como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos y como una forma primaria de significación de las relaciones de poder— se ha vuelto una categoría útil de análisis histórico y ha conducido a los investigadores a sondear el funcionamiento del poder en muchos lugares e instituciones. Los estudios correspondientes se han llevado a cabo con frecuencia en un marco enfocado en establecer la manera en que la construcción social de la identidad funciona como un medio de control social y actúa en la identificación del "yo" o la "clase", y algunas veces también en la percepción de "los otros".

El género ha sido uno de los rubros más críticos de diferenciación en la cultura y la sociedad. Colocada en el intersticio que supone el estudio de ambos, Mary Ryan [Hunt: 1989] nos recuerda que las investigaciones de historia de las mujeres en los sesenta y setenta jugaron un papel importante en el desarrollo de los métodos de la historia de la cultura, campo en el que se inscribe Roger Chartier, quien aboga, en opinión de Hunt [1989], por una definición de la historia primariamente sensible a las inequidades en la apropiación de materiales y prácticas comunes. Chartier muestra la influencia del sociólogo francés Pierre Bourdieu al rehacer el modelo marxista explicativo de la vida social, y darle mucha mayor atención a la cultura (aunque, en su opinión, la producción cultural siempre dependa de las leyes del mercado), descubriendo la lógica específica de los bienes culturales y las formas y medios de apropiación de los objetos culturales. En ese sentido, el conocido concepto de "habitus", nos dice Chartier, no es sólo una estructura "estructurante" —que organiza tanto las prácticas como su percepción—, sino también una estructura "estructurada": el principio de

división en clases lógicas, que sistematiza la percepción del mundo social, y es en sí mismo el producto de la internalización de la división en clases sociales, es decir, una estructura que condiciona pero al mismo tiempo es condicionada por los sujetos.

A partir de los años ochenta del siglo XX resulta claro el retorno en el quehacer histórico hacia una filosofía del sujeto que rechaza la fuerza de las determinaciones colectivas y los condicionamientos sociales e intenta rehabilitar la parte explícita y reflexionada de la acción. Por ello, para Chartier [1995], en la definición de los sujetos sociales, hay que tomar en cuenta no sólo las clasificaciones socio-profesionales, sino las pertenencias sexuales, generacionales, adhesiones religiosas, tradiciones educativas, solidaridades territoriales, costumbres de la profesión, etcétera, porque las divisiones culturales no se ordenan obligatoriamente según una única clasificación de las divisiones sociales. Por ello, en su opinión, hay que tratar de superar tanto los enfoques estructuralistas (que suponen la objetividad de las estructuras) como las investigaciones fenomenológicas (que apelan a la subjetividad de las representaciones), incorporando bajo la forma de representaciones colectivas las divisiones de la organización social. En la actualidad se habla en la ciencia histórica de una restauración del papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales y de nuevas racionalidades. Hay un auge de la microhistoria y del género biográfico y una toma de conciencia por los historiadores de que su discurso siempre es narrativo, aun en la historia más estructural. Además, hay que tener en cuenta, como dice Michel de Certeau [Chartier: 1996], que el relato histórico es "en capas" u hojaldrado, pues no consiste en la *transcripción directa* de la realidad a la escritura histórica, sino en la recopilación y crítica de testimonios documentales u orales (de primera o segunda mano), la mayoría de las veces *indirectos*, es decir, elaborados por otros.



En ese sentido, Mary Kay Vaughan [1999] señala que se han sustituido las explicaciones económicas para entender las movilizaciones populares, al igual que los macromodelos (basados en la estructura social, de clase o nacional). El ritual, la acción simbólica y las representaciones de la realidad, y el significado construido en el contexto social y articulado en el discurso, se han vuelto clave para reconstruir la identidad y entender la acción popular. La microhistoria y la vida cotidiana constituyen los temas preferidos de investigación, en aras de entender la relación de la cultura y la agencia (*agency*) locales con los procesos regionales y nacionales.

En relación con el concepto de identidad, es importante mencionar la consideración de Chartier [1995] de que hay una doble vía para pensar la construcción de identidades sociales:

a) "como resultantes siempre de una relación forzada entre las representaciones impuestas por aquellos que poseen el poder de clasificar y designar, y la definición, sumisa o resistente, que cada comunidad produce de sí misma"; b) la que "considera la división social objetivada como la traducción del crédito acordado a la representación que cada grupo hace de sí mismo, por lo tanto, de su capacidad de hacer reconocer su existencia a partir de una exhibición de unidad". Siguiendo esa lógica, hay que considerar las diferenciaciones culturales no como la traducción de consideraciones estáticas sino como el efecto de procesos dinámicos.

Chartier plantea superar la oposición entre "física social" (estudio de las posiciones y las relaciones) y "fenomenología social" (análisis de las acciones y las interacciones) y señala la importancia recobrada por el concepto de *representación*, pues permite designar y enlazar tres grandes realidades: las representaciones colectivas, las formas de exhibición del ser social o del poder político y la "presentización" en un representante (individual o colectivo, concreto o abstracto) de una identidad o de un poder dotado asimismo de continuidad o de estabilidad.

Claudio Lomnitz, según referencia de Vaughan [1999], señala que la identidad es *relacional* y basada en diferencias entre el "yo" y "los otros", que refleja y constituye al poder y a las relaciones desiguales de poder. Por ello se puede decir con este autor que la identidad tiene, además, perspectiva de género, estableciendo diferentes comportamientos, expectativas y relaciones de poder para hombres y mujeres.

Lomnitz agrega que individuos y grupos tienen múltiples identidades que cambian de acuerdo al tiempo y al contexto, y que éstas pueden ser sociales, culturales o políticas. Sin embargo, objetamos esta consideración, pues los individuos no son una suma de fragmentos identitarios, sino entes que poseen una identidad con múltiples dimensiones, en consonancia con lo que plantea Gilberto Giménez [1999]. Algo parecido introduce Ileen A. DeVault, como señalan Boris y Janssens [1999], cuando desplaza el concepto de "serialidad" de Jean Paul Sartre para analizar el significado de la etnicidad en huelgas mixtas de fines del siglo XIX en los Estados Unidos. Se pregunta por qué algunos actores históricos deciden actuar bajo una forma de identidad, por ejemplo "clase", en una etapa de un proceso específico, sólo para asumir otra, por ejemplo "etnia", en una etapa posterior del mismo proceso.

La *serialidad* sugiere que todos los individuos son miembros de varias categorías de identificación conceptualizadas como "series", las cuales permanecen a la espera de ser "encendidas" por eventos externos. Los miembros de la clase obrera o los empleados en un lugar de trabajo son también miembros de otras series, tales como el género, la etnia o la comunidad/familia. Los individuos pueden actuar fuera de cada una de estas series, variando en sus respuestas entre eventos, durante el desarrollo de los acontecimientos o aun en el curso de sus vidas. Las identidades se forman de circunstancias materiales específicas y al modo de la narrativa histórica, la que en sí misma es una manifestación de serialidad. Cualquier individuo, en cualquier momento, tiene una serie de "opciones" de identidad y puede ser un agente activo en su construcción.

De acuerdo con Ava Baron [1991], se debe concebir al género como una categoría fundamental de todo el análisis histórico, que trascienda las dicotomías tradicionales (capitalismo/patriarcado, público/privado, producción/reproducción, trabajo masculino/trabajo femenino) —en las cuales los asuntos de clase eran integrales al primer término de cada par y el género importante sólo para el segundo— por un *continuum* que tenga en cuenta un rango de similitudes y diferencias entre hombres y mujeres, de acuerdo con la especificidad histórica del elemento genérico de la identidad.

Las relaciones de género, además, proveen un modelo o metáfora para las relaciones de poder más amplias, como lo destaca Ana María Alonso [French: 1999]. Hay una estrecha relación entre discursos (definidos como *sistemas de conocimiento que codifican técnicas y prácticas para el ejercicio del control social*) y contextos específicos, tales como la prisión, el asilo, el hospital, la universidad y la escuela (podría agregarse a esta lista el lugar de trabajo). Alonso también recupera la dialéctica entre formas de Estado y vida cotidiana, y analiza las relaciones entre etnicidad, género y poder, pues están interpenetrados en la creación de subjetividad.

A manera de conclusiones provisorias se puede señalar que algunos de los aportes más significativos en torno al género se han dado con los debates mantenidos desde los noventa, los cuales han tendido a verlo imbricado en los sistemas económicos y sociales; asimismo, como foco analítico. A la par que el giro lingüístico, también vino el giro de género. Desde entonces es claro que éste no se refiere solamente a la presencia —y el consecuente estudio— de lo femenino en los ámbitos social, económico, político, cultural, laboral o étnico. La virilidad y la masculinidad, tanto

como la preocupación por el género como un marcador de diferencia y un significante de poder, han distinguido la bibliografía correspondiente.

Se debe destacar también que ha habido en los estudios históricos con enfoque de género un desplazamiento hacia lo cultural, y ese énfasis en el *significado* se deriva de la comprensión del género como un proceso o relación, que moldea a las instituciones no menos que caracteriza a las representaciones y a los sujetos. La identidad ha tendido a concebirse, entonces, como algo más negociado y menos fijo. La historia, en consecuencia, ha ampliado sus horizontes y sus objetos de estudio. ♦

Bibliografía

Baron, Ava. "Gender and Labor History: Learning from the Past, Looking to the future", en Ava Baron (ed.). *Work Engendered: Toward a New History of American Labor*, Ithaca, Cornel University Press, 1991, pp. 1-46.

Boris Eillen y Angelique Janssens. "Complicating Categories: An Introduction", en Eillen Boris y Angelique Janssens (eds.). *Complicating Categories: Gender, Class, Race and Ethnicity*, Cambridge, International Review of Social History. Suplement 7, 1999, pp. 1-14.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 45-63.

Chartier, Roger. "La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas", en Ignacio Oábari y Francisco Javier Capistegui (eds.). *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Ed. Complutense, 1996, pp. 19-33.

French, William E. "Imagining and the Cultural History of Nineteenth-Century Mexico", en *Hispanic American Historical Review*, 79, May, 1999, pp. 249-267.

Giménez, Gilberto. "Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural", en Revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* (Colima, Méx.): época II, vol. V, núm. 9, junio, 1999, pp. 25-57.

Hunt, Lynn. "Introduction: History, Culture, and Text, en Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Los Angeles: University of California Press), 19889, pp. 1-22.

Thompson, E. P. *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra: 1780-1832*, Barcelona, Laia B., 1987.

Vaughan, Mary Kay. "Cultural Approaches to Peassant Politics in the Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, 79, May, 1999, pp. 269-305.

